

## PRESENTACION DE "DIARIO DE RUTA"

Toledo, 4 de octubre de 2006

Buenas noches a todos y a todas, y muchas gracias por haber venido.

Muchas gracias a Fernando y a Pepe por sus palabras. Alguno de ustedes quizá recuerde que hace un poco más de dos años, en este mismo sitio, los dos tuvieron la amabilidad de presentar otro libro mío "Dicen que recordar", que no es de poesía sino de relatos y que fue mi primer libro publicado. Esto no necesariamente habla bien de mí pero demuestra que hay amistades incombustibles.

Y gracias también a la librería Hojablanca, un lugar imprescindible entre los muchos lugares imprescindibles de esta Toledo tan compacta como inabarcable.

"Diario de ruta" es mi segundo libro de poesía. Cuando lo presenté en Madrid en junio dije que, en gran medida, es un libro de viajes.

También dije que contiene poemas que parecen cuentos y cuentos que parecen poemas.

Apoyándome en Cortazar teorice un poco sobre eso. Seguí, como otras veces, tratando de explicar y de explicarme por qué escribo y por qué leo poesía. Y terminé animando a quienes me escuchaban a hacerlo.

Hoy no voy a recurrir a ninguna especulación más o menos psicológica para justificar ese consejo. Por razones de trabajo la semana pasada recorrí siete capitales africanas en siete días, Kigali la capital de Ruanda entre ellas, y no me han quedado ganas de especular.

Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo. Yo he sobrevolado un continente de domingo a domingo, y el lunes ya estaba de nuevo en la oficina. Maravillado por haber sobrevivido, aún no sé como andan mis sentimientos tras el viaje.

Algún día escribiré sobre eso. Pero por ahora no me quedan ganas de especular. Lo dijo Bécquer: "Cuando siento no escribo". Por cierto, también yo lo digo a mi modo en el primer poema de este libro. En poesía como en tantas otras facetas de la vida es más difícil ser original con los temas que con los modos. Nos lo advirtió el viejo Rojas criticando a Apollinaire: "No hay nuevo... ¿Qué será le *nouveau*? Un minuto y se arruga"

Vamos que lo primero es sentir. Se puede vivir sin oír, sin ver, sin oler, sin gustar, sin palpar, sin hablar, sin moverse. Pero no sin sentir. Cuando se atrofia la facultad de sentir – eso que filósofos y psicólogos llaman anomia - uno se sabe muerto aunque se vea vivo.

Lo segundo es tener memoria. Es decir, poder pensarse el sentimiento de saberse vivo que es siempre pensamiento hacia atrás pues con dificultad uno recuerda como se sintió ayer, o antes de ayer, pero nadie puede saber como se sentirá mañana. Y quien crea saberlo, se equivoca. Los sentimientos, como la vida, son imprevisibles y eso les dota de una cualidad especial.

Luego, cuando se puede, se escribe. No es obligatorio, claro. Pero ayuda. Y no vale hacerlo de cualquier modo. Porque se trata de afectar al lector, aunque a menudo, y siempre en primera instancia, ése lector sea tan sólo uno mismo.

Sentimiento y memoria generan esa tensión sin la cual no hay cómo afrontar el lienzo, el teclado, el bloque de piedra, o la página en blanco. Luego hay que encontrar tiempo. O, mejor, fabricarlo. A cualquier hora y a todas horas. A menudo hay que cambiar dinero o espacio por tiempo, cosa que los militares, los políticos, y los padres con hijos pequeños hacen con frecuencia.

Y, sobre todo, hay que saber esperar, alimentando un fuego interior que unas veces damos por irremediabilmente extinguido y otras amenaza con arrasarnos las vísceras. El mayor enemigo del tiempo – del poético y del otro - es la prisa. Cervantes y Machado lo supieron como nadie.

También conviene no dejar de mirar hacia dentro que es la forma más segura de mirar a lo que de fuera se ha metido en uno. Nunca entendí muy bien la clásica oposición entre lo subjetivo y lo objetivo que siempre me parecieron palabras distintas para nombrar casi lo mismo. ¿Acaso no somos objetivos para la subjetividad de otros?

Aunque puestos a elegir prefiero que el mundo haya existido antes y siga ahí después que yo me haya ido. Lo contrario implicaría una responsabilidad abrumadora. En todo caso, como afirmo en un poema "que sobrevivan mis sueños".

Sentimientos. Memoria. Tiempo. Sosiego.

Y los sentidos, claro. De la relación entre ellos, y entre lo subjetivo y lo objetivo, y el individuo y la naturaleza, se nutre "Tormenta", un poema que me gusta porque trata de la infancia, la soledad y el fracaso. Pero, donde también asoma una brizna de duda y, en conclusión, de esperanza. Desde que me lo topé, el "¿Quién habla de victorias?"

Sobreponerse es todo" de Rilke se me quedó adherido. Perdonen el tópico pero hay frases que todavía conmueven.

Como esas dos ("Al borde de la muerte el dulce canto" y "El agua clara significa espera") que, para introducir sendos poemas, les tomé prestadas a Carlos Bousoño y a Ángel González, y que son dos que recuerdo enteras, pues si bien se mira el lenguaje lo tomamos prestado cada día y no hay cómo entrecomillar todas las deudas.

Algo de eso les debió pasar a Jon Juaristi y a Jesús Hilario Tundidor con el primer verso de el poema "El Mago" – "Yo soy el que soy y el que no soy" - que es una más que evidente paráfrasis bíblica, porque durante la presentación de este libro en Madrid se enredaron en una discusión teológica entre judaísmo y cristianismo que ninguno entendimos pero que nos alegró el rato. Eso tiene el lenguaje para algunos: que es sagrado.

Sobre todo el lenguaje poético donde tan importante es lo que se dice como lo que no se dice, se sugiere, se dice a medias, o se

descubre mientras se dice. Y todavía más que eso, lo que lo dicho, no dicho, sugerido, dicho a medias o descubierto mientras se dice, es capaz de evocar en quienes leen o escuchan. Por cierto, que en esto de la poesía hasta la grafía importa. Ahí están la caligrafía china, las jotas de Juan Ramón o la tinta verde de Neruda para demostrarlo.

En poesía, que es una literatura de expresión condensada, también importan los títulos. Pueden ser descriptivos, explicativos, alegóricos, simbólicos, o sin nada que ver. Alberti decía que él no se ponía a escribir un poema del que no tuviera el título. "Paisajes en un tren" no significaría lo mismo si se titulara, por ejemplo, "Teoría del gusto en nueve fragmentos". Y "Madrugada en blanco" es un ejemplo de título descriptivo, y un tanto reiterativo, porque el poema se explica por sí solo y probablemente no lo necesita.

Pero todo lo dicho hasta aquí, y muchas más cosas que pueden decirse a, ante, bajo, cabe, con contra, de, en, entre, hasta, por y sobre, la poesía resulta irrelevante si entre autor y lector, o autor y auditorio no se establece una relación que podríamos llamar de complicidad.

Conseguirla es lo más difícil porque normalmente no se conocen y, cuando se conocen, con frecuencia no se gustan. Por ejemplo, dudo que yo hubiera simpatizado con Ezra Pound, Juan Ramón o con René Char de haberlos conocido – al parecer pocos lo lograban – Y, desde luego, no simpaticé con Alberti la única que vez que lo ví. Sin embargo, aún disfruto con muchos de sus libros.

Porque las palabras - y lo que ellas evocan - tienen vida propia. En su sonido, su grafía, sus significados, viajan adheridos los sentimientos y las ideas de quienes las usaron antes y, cómo no, también las de quienes las usan al tiempo que uno.

Cuando yo era estudiante de primaria en un Colegio de escolapios de Madrid al cura que nos daba gramática le gustaba soñar con una máquina capaz de atrapar y traducir a lenguaje actual todo lo dicho por nuestros ancestros que, según él, seguía flotando en el aire, más o menos en los alrededores de donde se pronunció. Años después

descubrí el “catcher dreams” de los pieles rojas norteamericanos que hoy se comercializa como souvenir en medio mundo.

Las palabras nacen tantas veces como las pronunciamos. Teñidas con variables dosis de ironía, envidia, amor, decepción, alegría, odio, rabia, miedo, duda, curiosidad, compasión, tristeza, solidaridad, desengaño. Y capaces también de incitar a imaginar, fantasear, pensar, calcular, investigar, comunicar, actuar, conocer, descubrir.

Lo de “descubrir” merece un comentario aparte. Nos lo dejó Pavese, genial y suicida como pocos.

Cito: “Todo poeta se ha angustiado, se ha maravillado y ha gozado. La admiración por un gran pasaje de poesía no lo es nunca por su sorprendente maestría sino por la novedad del descubrimiento que contiene. Aunque sintamos un palpito de alegría al encontrar un adjetivo acoplado con acierto a un sustantivo, que jamás se habían visto juntos, no es asombro ante la elegancia de la cosa, ante la prontitud del

ingenio, ante la habilidad técnica del poeta lo que nos conmueve, sino maravilla ante la nueva realidad puesta de manifiesto.”<sup>1</sup> Fin de la cita.

Las palabras nos humanizan. Pero también pueden deshumanizarnos. Dejando a un lado la prostitución del lenguaje por las dictaduras, nuestra vida cotidiana está llena de ejemplos. En su obra “El Portero”, que se representa estos días en Madrid, Harold Pinter nos lo muestra con claridad.

En todo caso, las palabras nos acompañan del paritorio a la tumba. Resuenan en nuestra cabeza incluso cuando no hablamos. Nos sobreviven a veces. Por eso hay algunos blancos y ciertas frases incompletas en este libro. A veces la palabra no está aún para ser dicha aunque ya brota. ¿Quién no se ha cortado en pleno parlamento alguna vez?

Por cierto, me gusta eso que dice Luís García Montero: “Escribir poesía es un duelo con la música propia, una necesidad de enriquecerla

---

<sup>1</sup> C. Pavese. “El oficio de vivir”. El País. Colección clásicos del siglo XXI, Madrid 2003, p.14

y un temor a traicionarla". Pues si no existe un lenguaje poético distinto del lenguaje común, su música depende de las exigencias internas del poema y representa su conciencia estética. ¡Tanto tiempo rumiando una verdad y llega otro y la dice!

Es decir que, como en el bolero y el tango, primero la letra que la melodía viene acto seguido. No por casualidad de niño siempre quise ser letrista de tangos. No sabe Fernando Lamata lo mucho que le envidio por eso.

De las palabras, y de los silencios en torno a ellas, y de lo que ellas desencadenan o representan, depende pues la complicidad buscada. Del poeta con quien le lee o le escucha. De nosotros con los otros y con nosotros mismos.

Mamíferos de sangre caliente, sin esa complicidad, sin el calor que proporciona, duramos poco. Basta leer las páginas de sucesos o escuchar los informativos para comprobarlo.

Complicidad para sentir, para recordar, para viajar, para soñar,  
para amar, para vivir. A generarla se inclina este libro. De ustedes  
depende que lo logre.

Muchas gracias.